

# RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

## VIII.- ADORACIÓN (DON DE TEMOR DE DIOS)

*(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)*

### VER:

Como hemos estado reflexionando en estos retiros, en nuestra vida de fe, en general, sabemos mucho sobre Jesús como Hijo de Dios; también el Padre nos resulta bastante familiar, ya que su Hijo, Jesús, nos lo ha dado a conocer, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que creemos en Él, y lo que profesamos en el Credo, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A muchos nos ocurre lo que a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?” Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo”.

Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera por la que Dios llega hoy a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo por obra del Espíritu Santo. Y el Hijo, tras su Muerte, Resurrección y Ascensión, junto con el Padre envía al Espíritu Santo, en Pentecostés, cuya Solemnidad celebraremos el próximo domingo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús y al Padre. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, y nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior estuvimos profundizando en el “Don de Piedad”, que muchas veces se entiende mal porque en lo primero que pensamos es en ser una persona de Iglesia, que reza mucho, que tiene muchas devociones... Pero en realidad es el don de sentirnos hijos, el don de tener a Dios por Padre y saberlo y disfrutarlo con alegría filial, el don de “vivir en familia” con Dios.

Y en este retiro, a punto de celebrar la Solemnidad de Pentecostés, vamos a hablar del “Don del Temor de Dios”, otro don que a menudo se entiende mal, como “tener miedo” a Dios. Pero no es así.

### Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don del Temor de Dios”?

## **JUZGAR: ADORACIÓN.**

Con el “Don del Temor de Dios” concluye la serie de los siete dones del Espíritu Santo, y de forma muy conveniente lo meditamos después del “Don de Piedad”, que, como vimos, es el don del amor, de la filiación, del respeto de un hijo hacia su padre. No es un temor a ser castigado, sino el temor a ofender, a hacer algo que entristezca al padre, a hacerse indigno de la familia, a traicionar al hogar.

De ahí que el “Don del Temor de Dios” no significa tener miedo de Dios: sabemos bien que Dios es Padre, y que nos ama y quiere nuestra salvación, y siempre perdona, siempre; por lo cual no hay motivo para tener miedo de Él.

El temor de Dios lo encontramos en el Antiguo Testamento. El hombre del desierto, en pugna con tribus hostiles, animales salvajes y fenómenos de la naturaleza, vivía en estado de alerta ante el peligro múltiple, y proyectó después ese miedo constitutivo de su ser a la imagen de Dios que regía esos fenómenos y había creado esos animales. El hombre temeroso creyó que Dios era objeto de temor y recargó en su relación con Él ese rasgo esencial de su existencia nómada.

El temor de Dios se hizo base de la religión. El temor santo es el principio de la liturgia del Templo. Todas las ceremonias del Templo, salmos y cánticos, sacrificios y fiestas, nacen de ese respeto personal y comunitario ante el Señor que todo lo puede, que todo lo ve y que juzga con celo de amante exclusivo la conducta infiel de su pueblo y de cada individuo en él.

El peligro es que el temor así entendido llene con sus ansiedades toda la práctica religiosa del creyente. Por eso viene el Nuevo Testamento a completar el Antiguo, con la Encarnación. “Dios-con-nosotros” es el nombre que elige el Emmanuel para definir y consagrar la cercanía de su presencia en la intimidad de nuestras almas.

El acercamiento de Dios a su pueblo es la trama misma de la Historia de la Salvación, que va, desde un pueblo que temía comparecer ante Dios y pedía a Moisés que subiera él solo al monte, pues tenían miedo de acompañarlo y ver a Dios, hasta la intimidad de los pastores en Belén y los vecinos en Nazaret. Dios toma rostro y anda entre la gente, y deja que alguien recline la cabeza sobre su pecho en la confianza fraterna de la Última Cena.

La Encarnación plasma toda nuestra conducta con Dios, llena de proximidad y confianza; pero que arrastra también el peligro de disminuir el respeto y rebajar la adoración. El Misterio se diluye en la familiaridad cotidiana, el diálogo amistoso hace olvidar los truenos del Sinaí, y el trato fácil apaga la trascendencia de la divinidad.

Por eso, a nosotros nos toca hacer la síntesis que integra el temor respetuoso ante el Misterio con la entrega confiada a la amistad. No perder nunca de vista ninguno de los dos extremos es la actitud difícil a la que aspiramos bajo la dirección del Espíritu y sus dones.

De ahí que, sin perder el privilegio de cercanía que nos ha otorgado la Encarnación, también necesitamos recobrar el sentido de adoración que debe marcar nuestra relación con Dios, adoración que nace del encuentro ante el Misterio, un encuentro que acalla los labios y dobla las rodillas, y logra así una intimidad mayor que la que se alcanza con las solas palabras.

En la adoración simplemente reconocemos quién es Dios y lo amamos por ser quien es. La adoración es el lenguaje del amor entre un Padre y su hijo. Puede expresarse con unas palabras sencillas, o puede brotar en silencio, pero siempre es una oración que involucra todo el ser. La adoración se convierte así en una celebración del amor de Dios que hace visible la acción del Espíritu.

### **Para la reflexión:**

- En mi vida de fe, ¿estoy más cerca de los planteamientos del Antiguo Testamento, o de los de la Encarnación?
- ¿Qué lugar ocupa la adoración en mi vida de oración?

### **A QUÉ DEBEMOS TEMER:**

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo. (Mt 10, 28).

El “Don del Temor de Dios” nos enseña a qué debemos temer, porque nos hace conocer de un modo realista y sincero nuestra fragilidad; llega a descubrir, con la tranquilidad de la verdad y la conciencia de la propia pobreza, nuestra incapacidad radical para ser lo que quisiéramos ser y hacer lo que debiéramos hacer.

En el trato diario con la gente y el trabajo que ejercemos llegamos a creer que somos “algo” por nosotros mismos, que funcionamos bien, que respondemos con eficacia y nobleza a las cuestiones que la vida nos presenta, que somos miembros dignos y útiles de la sociedad y de la Iglesia.

Y todo es verdad, pero también es real nuestra pobreza espiritual, nuestra debilidad moral, que conocemos muy bien. A menudo nos olvidamos en la práctica de nuestra debilidad y nuestra impotencia. Por eso nos hace bien volver a descubrir nuestra fragilidad, nuestra condición de criaturas, nuestra inclinación, absurda pero real, hacia lo que nos daña, e incluso, descubrir la negra profundidad del mal en nosotros.

Todo esto nos lo recuerda el Espíritu con el “Don del Temor de Dios”, que abarca toda nuestra existencia. El temor de Dios bien entendido es el “miedo” que acaba con todos los miedos: **No tengáis miedo a los que matan el cuerpo.** No temáis a nadie, que nadie os puede dañar cuando os protege el que todo lo puede; sólo hay que temer a lo que puede matar nuestra relación con Dios.

El temor de Dios es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor, y que nuestro bien está en abandonarnos con humildad, con reverencia y confianza en sus manos. Esto es el temor de Dios: el abandono en la bondad de nuestro Padre que nos ama mucho.

### **Para la reflexión:**

- ¿Tengo identificado qué es lo que “mata” mi alma?
- ¿El temor de Dios, la certeza de su amor, me ayuda a luchar contra ello?

- Medito este himno de la Liturgia de las Horas, desde lo reflexionado sobre el temor de Dios:

Estate, Señor, conmigo siempre, sin jamás partirme,  
y, cuando decidas irte, llévame, Señor, contigo;  
porque el pensar que te irás me causa un terrible miedo  
de si yo sin ti me quedo, de si tú sin mí te vas.

Llévame en tu compañía, donde Tú vayas, Jesús,  
porque bien sé que eres Tú la vida del alma mía;  
si Tú vida no me das, yo sé que vivir no puedo,  
ni si yo sin ti me quedo, ni si Tú sin mí te vas.

Por eso, más que a la muerte, temo, Señor, tu partida  
y quiero perder la vida mil veces más que perderte;  
pues la inmortal que Tú das sé que alcanzarla no puedo  
cuando yo sin Ti me quedo, cuando Tú sin mí te vas.

## **ACTUAR:**

Este último don que estamos meditando ilumina los de Entendimiento y Sabiduría, Consejo y Fortaleza, Ciencia y de Piedad. Y así, el Espíritu Santo remata su obra en nosotros, como escribió san Pablo a los Romanos: “No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis el Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!” (Rom 8, 14).

Cuando el Espíritu entra en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, y nos lleva a sentirnos tal como somos, es decir, pequeños, pero con esa actitud, tan recomendada por Jesús en el Evangelio, de quien pone todas sus preocupaciones y sus expectativas en Dios y se siente envuelto y sostenido por su calor y su protección, precisamente como un niño con su papá. Esto hace el Espíritu Santo en nuestro corazón: nos hace sentir como niños en los brazos de nuestro Abbá, nuestro Papá.

En este sentido, entonces, comprendemos bien cómo el temor de Dios adquiere en nosotros la forma de la docilidad, del reconocimiento y de la adoración, llenando nuestro corazón de esperanza. Muchas veces no logramos captar el designio de Dios, y nos damos cuenta de que no somos capaces de asegurarnos por nosotros mismos la felicidad y la vida eterna. Sin embargo, es precisamente en la experiencia de nuestros límites y de nuestra pobreza, donde el Espíritu nos conforta y nos hace percibir que la única cosa importante es dejarnos conducir por Jesús a los brazos de su Padre.

He aquí por qué tenemos tanta necesidad de este don del Espíritu Santo. El temor de Dios nos hace tomar conciencia de que todo viene de la gracia de Dios y que nuestra verdadera fuerza está únicamente en seguir al Señor Jesús y en dejar que el Padre pueda derramar sobre nosotros su bondad y su misericordia.

Abrir el corazón, para que la bondad y la misericordia de Dios vengan sobre nosotros. Esto hace el Espíritu Santo con el “Don del Temor de Dios”: abre los corazones. Un corazón abierto a fin de que el perdón, la misericordia, la bondad, la caricia del Padre vengan a nosotros, porque nosotros somos hijos e hijas infinitamente amados.

Cuando estamos invadidos por el temor de Dios, entonces estamos predispuestos a seguir al Señor con humildad, docilidad y obediencia. Esto, sin embargo, no es una actitud resignada y pasiva, incluso quejumbrosa, sino con el estupor y la alegría de un hijo que se ve servido y amado por el Padre.

El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos, sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza. Es un don que hace de nosotros cristianos convencidos, entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor. Ser conquistados por el amor de Dios es algo hermoso. Dejémonos conquistar por ese amor de Papá, que nos quiere mucho, que nos ama con todo su corazón.

### **Para la reflexión:**

- Esto hace el Espíritu Santo con el “Don del Temor de Dios”: abre los corazones. ¿Cómo puedo favorecer la acción de este don en mi vida?
- Tras lo que hemos orado y reflexionado, ¿cómo explicaría ahora, con mis propias palabras, qué es el “Don del Temor de Dios”?

### **ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE TEMOR DE DIOS:**

Amado Espíritu Santo, te doy gracias por el **“Don de Temor de Dios”**, que me enseña a reconocer la inmensa grandeza de mi Creador. Ayúdame a recordar que, aunque Dios es cercano y lleno de ternura, Él es infinitamente mayor que todo lo que puedo comprender o poseer. Su amor es tan vasto y perfecto que jamás podré abarcarlo completamente.

Te pido que este don me haga ser más consciente de mi pequeñez y de mi necesidad constante de Él. Que mi corazón se llene de adoración y gratitud, y que cada acción, palabra y pensamiento mío sea guiado por el deseo de agradar a Dios, sabiendo que Él es Santo y digno de todo mi respeto.

Derrama en mí el deseo de caminar siempre en su voluntad, con humildad y dedicación, para no ofender su santidad. Amén.



## **RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”**

### **VIII.- ADORACIÓN (DON DE TEMOR DE DIOS)**

*(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)*

#### **VER:**

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don del Temor de Dios”?

#### **JUZGAR:**

##### **ADORACIÓN:**

- En mi vida de fe, ¿estoy más cerca de los planteamientos del Antiguo Testamento, o de los de la Encarnación?
- ¿Qué lugar ocupa la adoración en mi vida de oración?

##### **A QUÉ DEBEMOS TEMER:**

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo. (Mt 10, 28).

- ¿Tengo identificado qué es lo que “mata” mi alma?
- ¿El temor de Dios, la certeza de su amor, me ayuda a luchar contra ello?

#### **ACTUAR:**

- Esto hace el Espíritu Santo con el “Don del Temor de Dios”: abre los corazones. ¿Cómo puedo favorecer la acción de este don en mi vida?
- Tras lo que hemos orado y reflexionado, ¿cómo explicaría ahora, con mis propias palabras, qué es el don de temor de Dios?

#### **ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE TEMOR DE DIOS:**

Amado Espíritu Santo, te doy gracias por **el don de temor de Dios**, que me enseña a reconocer la inmensa grandeza de mi Creador. Ayúdame a recordar que, aunque Dios es cercano y lleno de ternura, Él es infinitamente mayor que todo lo que puedo comprender o poseer. Su amor es tan vasto y perfecto que jamás podré abarcarlo completamente.

Te pido que este don me haga ser más consciente de mi pequeñez y de mi necesidad constante de Él. Que mi corazón se llene de adoración y gratitud, y que cada acción, palabra y pensamiento mío sea guiado por el deseo de agradar a Dios, sabiendo que Él es Santo y digno de todo mi respeto.

Derrama en mí el deseo de caminar siempre en su voluntad, con humildad y dedicación, para no ofender su santidad. Amén.